

Seix Barral

SALINGER

DAVID SHIELDS SHANE SALERNO



Seix Barral

David Shields y Shane Salerno Salinger

Traducción del inglés por
Javier Calvo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
--------------	----

PRIMERA PARTE

BRAHMACHARIA

APRENDIZAJE

1	ESTA GUERRA LA VAMOS A EMPEZAR DESDE AQUÍ MISMO	23
2	LIGERA REBELIÓN EN PARK AVENUE	52
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 1</i>	118
3	METRO NOVENTA DE MÚSCULO	
	Y CINTA DE MÁQUINA DE ESCRIBIR EN UNA TRINCHERA	127
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 2</i>	146
4	BOSQUE INVERTIDO	150
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 3</i>	168
5	MUERTOS EN INVIERNO	170
6	TODAVÍA EN LLAMAS	185
7	VÍCTIMA Y VERDUGO	199
8	ESTAR A LA ALTURA	220
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 4</i>	251
9	EL ORIGEN DE ESMÉ	253

10	PERO ¿EL CHAVAL DE ESTE LIBRO ESTÁ LOCO O QUÉ?	278
11	NOS PODEMOS ESCAPAR IGUALMENTE	306
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 5</i>	330
12	SIGUE LA BALA: NUEVE CUENTOS	340
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 6</i>	353

SEGUNDA PARTE

GARHASTHIA

DEBERES DEL DUEÑO DE UNA CASA

13	SU LARGA NOCHE OSCURA	357
14	UNA CAÍDA DE LO MÁS TERRIBLE	393
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 7</i>	437
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 8</i>	438

TERCERA PARTE

VANAPRASTHA

RETIRARSE DEL MUNDO

15	EL SEGUNDO SUICIDIO DE SEYMOUR	441
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 9</i>	455
16	QUERIDA SEÑORITA MAYNARD	457
17	QUERIDO SEÑOR SALINGER	469
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 10</i>	495
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 11</i>	502
	<hr/> <i>Conversación con Salinger n.º 12</i>	505
18	ASESINOS	513

CUARTA PARTE
SANNYASA
RENUNCIA AL MUNDO

19	UNA PERSONA SIN VIDA PÚBLICA	545
20	A MILLONES DE KILÓMETROS DE DISTANCIA, EN SU TORRE	603
21	JEROME DAVID SALINGER: CONCLUSIÓN	621
22	SECRETOS	634
	OBRA NARRATIVA EN EL ORDEN CRONOLÓGICO DE SU PUBLICACIÓN	639
	RELATOS PERDIDOS, RELATOS NO RECOPIRADOS Y CARTAS PUBLICADAS	643
	LA FAMILIA GLASS	647
	NOTAS BIOGRÁFICAS	651
	NOTAS	669
	BIBLIOGRAFÍA	693
	AGRADECIMIENTOS	723
	CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS	729
	PERMISOS	733

ESTA GUERRA LA VAMOS A EMPEZAR DESDE AQUÍ MISMO

PLAYA UTAH, NORMANDÍA, 6 DE JUNIO DE 1944;
SAINT-LÔ, MORTAIN Y CHERBURGO, FRANCIA, JUNIO-AGOSTO DE 1944

El 12.º Regimiento de Infantería de Salinger desembarcó en Playa Utah el Día D, 6 de junio de 1944, con menos de 3.100 soldados; para finales de junio ya había perdido a casi 2.500. Salinger se ve las caras con la aniquilación tanto en el monumental colectivo como en la intimidad de su unidad.

J. D. SALINGER:¹ Desembarqué en Playa Utah el Día D, con la 4.ª División.

MARGARET SALINGER:² «Desembarqué el Día D, ya sabes», me decía en tono sombrío, de soldado a soldado, por así decirlo, como si yo entendiera lo que aquello implicaba.

EDWARD G. MILLER: De todos los días en que se podía iniciar uno en el combate, a Jerome David Salinger le tocó el Día D.

MARINERO KEN OAKLEY:³ La noche antes de los desembarcos del Día D, el oficial al mando nos dio las instrucciones, y yo no me olvidaré nunca de sus últimas palabras. «No os preocupéis si a los de la primera oleada os matan a todos —nos dijo—. Nosotros nos limitaremos a pasar por encima de vuestros cuerpos con

más y más hombres.» Qué idea tan tranquilizadora para irse a dormir.

SHANE SALERNO: Salinger era un chaval de veinticinco años de Park Avenue, un privilegiado criado entre algodones que se creía que la guerra iba a ser una aventura, algo romántico lleno de *glamour*. Se imaginaba a sí mismo de protagonista de una novela de Jack London y confiaba en que el servicio militar reventaría la burbuja en la que se había criado. Salinger escribió: «En mi mente tengo una provisión de corbatas negras y, aunque las voy tirando a medida que las encuentro, siempre quedarán unas cuantas.» Se preguntaba si tal vez le faltaba el dolor necesario para convertirse en escritor. Quería que la guerra lo curtiera, que lo hiciera más profundo como persona y como escritor. El año siguiente lo iba a cambiar para siempre.

DAVID SHIELDS: Salinger le contó a Whit Burnett, su profesor de escritura en la Universidad de Columbia y redactor jefe de la revista *Story*, que el Día D llevaba encima seis capítulos de *El guardián entre el centeno*, que necesitaba llevar encima aquellas páginas no solamente como amuleto para ayudarlo a sobrevivir, sino como razón misma para sobrevivir.

WERNER KLEEMAN:⁴ Por entonces Jerry no era más que un chavalín. Más bien callado. Yo ya me daba cuenta de que era un poco raro. Era distinto. No se abrochaba las correas del casco. Hacía lo que le daba la gana.

ALEX KERSHAW: El número de serie de Salinger era 32325200; el mismo número que muchos años después le adjudicaría a su personaje de ficción Babe Gladwaller en su relato «Last Day of the Last Furlough».

SHANE SALERNO: John Keenan sirvió con Salinger en el CIC, el Cuerpo de Contraespionaje. Salinger, Keenan, Jack Altaras y Paul Fitzgerald se pasaron la guerra juntos, haciéndose llamar los «Cuatro Mosqueteros». Siguieron siendo amigos íntimos toda la vida. A Altaras y Fitzgerald nunca se los había identificado hasta ahora.

JOHN KEENAN:⁵ Creo que eran las tres de la mañana cuando salieron los hombres rana [las unidades de demolición de combate naval]. Allí no podía dormir nadie, así que nos enteramos de todo lo que estaba pasando. Nos dedicamos a hablar sobre temas triviales y a hacernos los valientes. Creo que no había nadie que pensara que aquélla iba a ser la gran aventura de nuestras vidas. Gracias a Dios, volvieron todos. Sobre las cinco salieron los de infantería. Eran la primera oleada.

EBERHARD ALSEN: A Salinger lo asignaron al 12.º Regimiento de Infantería. Yo pensaba que él había desembarcado con su regimiento a las 10.30, casi cuatro horas después de la Hora H. Pero el texto oficial de la *History of the Counter Intelligence Corps* afirma que «el Cuarto Destacamento del CIC bajó con la 4.ª División de Infantería en su asalto a Playa Utah a las 6.45». Esto quiere decir que el destacamento del CIC de Salinger bajó a tierra aquella hora junto con el 8.º Regimiento, que hizo de punta de lanza del desembarco de la 4.ª División.

DAVID SHIELDS: Un testigo ocular, Werner Kleeman, que servía como intérprete para el 12.º de Infantería y era amigo de Sal-



Los Cuatro Mosqueteros: De izquierda a derecha, J. D. Salinger, Jack Altaras, John Keenan y Paul Fitzgerald.

inger, declaró que éste había desembarcado en la segunda oleada del asalto del Día D.

ALEX KERSHAW: El Día D, Salinger estaba en una lancha de desembarco, acercándose a Playa Utah, apelotonado con sus amigos y compañeros de unidad, algunos de los cuales no tardarían en morir.

WERNER KLEEMAN:⁶ Nos volaban obuses por encima de la cabeza. Las armas de infantería todavía estaban llegando. Los obuses de la artillería estaban llegando.

EDWARD G. MILLER: La mayoría de aquellos tipos tenían diecinueve, veinte o veintiún años. Salinger tenía veinticinco, era un viejo.

PAUL FITZGERALD (fragmento de un poema inédito): Allí no había *glamour* ni bravuconadas que valieran. Teníamos la playa delante. Vi mi primer muerto flotar en la marea.

JOHN KEENAN:⁷ Los acorazados disparaban a la costa, apuntando a los fortines [estructuras de cemento fortificadas desde las cuales los alemanes manejaban sus ametralladoras].

STEPHEN E. AMBROSE:⁸ Las olas zarandeaban de un lado a otro las lanchas de desembarco, entraban por las bordas para golpear a las tropas en toda la cara y agobiaban tanto a los hombres que muchos ya se morían de ganas de salir.

SOLDADO RALPH DELLA-VOLPE:⁹ Los barcos iban de un lado a otro, compitiendo por colocarse en posición. Yo me había tomado un desayuno extra extra grande, pensando que me ayudaría, pero lo perdí.

STEPHEN E. AMBROSE:¹⁰ Él y muchos otros. El marinero Marvin Perrett, de dieciocho años, agente de la Guardia Costera de Nueva Orleans, iba de timonel en una lancha Higgins construida en Nueva Orleans. Los treinta miembros del 12.º Regimiento de la 4.ª División a los que estaba transportando a tierra tenían las ca-

bezas vueltas hacia él para evitar la espuma. Él les veía la preocupación y el miedo en la cara. Justo delante tenía a un capellán. Perrett estaba concentrado en mantener su puesto en la línea de avance. En aquel momento el capellán vomitó el desayuno, el viento lo arrastró y a Perrett (y a todos los demás) le quedó la cara cubierta de huevos sin digerir, café y pedazos de beicon.

SARGENTO PRIMERO DAVID RODERICK:¹¹ Playa Utah tenía una subida larga y suave. Sorprendimos a los alemanes asaltando Utah con la marea baja, cuando todos los obstáculos quedaban a la vista. Sin embargo, obligamos a nuestras tropas a cruzar más de cien metros de terreno descubierto, además de aproximadamente otros cien de agua. Desembarcamos a nuestras tropas de la 4.^a División de Infantería en aguas de un metro y medio o dos de profundidad y ellos tuvieron que salvar con dificultades los aproximadamente doscientos metros que los separaban del rompeolas. Éste tenía entre un metro y medio y dos metros y medio de altura, y detrás había dunas de hasta tres metros. Las fortificaciones que flanqueaban la playa podían barrerla con armas de infantería, ametralladoras y artillería.

Yo soy de la opinión de que la única pregunta que se hacía Salinger, o que nos hacíamos cualquiera de nosotros, era: «¿Voy a salir vivo? ¿Voy a llegar vivo a la playa?» A mí aquello me ponía especialmente nervioso porque no se me daba muy bien nadar. Los salvavidas que te daban no eran más que una banda ancha que te rodeaba la cintura, y tú llevabas un montón de equipamiento pesado a la espalda. Si no tenías cuidado, si te caías al agua e inflabas aquel trasto, podía pasar que te pusiera cabeza abajo y te ahogaras.

SOLDADO ALBERT SOHL:¹² «¡Preparados!», gritó el timonel para hacerse oír por encima del rugido del motor. Viró con habilidad nuestra lancha hacia tierra entre aquel tráfico embarullado de barcasas. Las explosiones esporádicas de la artillería de tierra desfilaban por la orilla sobre unas botas invisibles de siete leguas. El corazón me latía acelerado, pero seguía sin poder ver a nadie en la costa que se pareciera a nuestro enemigo. A unos cincuenta metros aproximadamente de la playa, nuestro piloto dio marcha atrás con las hélices. Mientras la lancha se ponía al pairo, abrió de golpe la rampa delantera. A lo lejos retumbaban las detonaciones. Nos

pasaban aviones zumbando por encima. Los penachos entrecortados de humo negro procedentes de los veloces destructores cruzaban aquella caótica escena. «¡Hemos llegado al final de la fila! —gritó el timonel por encima del estruendo—. Moved el culo, que tengo que volver a por más pasajeros.»

CORONEL GERDEN F. JOHNSON:¹³ Los hombres sintieron que se les tensaban los músculos cuando les susurraron que ya tenían la costa enfrente. Mientras corrían hacia la orilla, el capitán pidió a voz en grito más mantas. Aquello quería decir que había heridos en la playa, lo cual hizo que todos se cagaran de miedo. El problema inmediato de todos ellos quedó en primer plano. Todos sabían que, si querían llegar vivos a la noche, primero iban a tener que sobrevivir a la carrera hasta la playa. Era lo único que importaba. Para salir de ésta, tendrían que sobrevivir a lo que les parecería una eternidad de tiempo caminando por el agua, desde la lancha de desembarco hasta la playa, vadeando aquella distancia con el equipo que llevaban a cuestas y que frenaba su avance, una eternidad durante la cual se sentirían completamente indefensos bajo el fuego asesino de quienes estaban al otro lado de la playa.

GENERAL MATTHEW RIDGWAY:¹⁴ Por primera vez vi el más solitario y ominoso de todos los paisajes: un campo de batalla. Y por primera vez conocí esa extraña euforia que se adueña de un hombre cuando sabe que a lo lejos hay una mirada hostil clavada en él y que en cualquier momento lo puede alcanzar una bala que tal vez no llegue a escuchar nunca, disparada por un enemigo al que no puede ver.

CAPITÁN GEORGE MAYBERRY:¹⁵ Nunca en la vida había tenido tantas ganas de correr, pero solamente podía avanzar como una tortuga por el agua. Nos separaban de la orilla aproximadamente un centenar de metros, y yo tardé dos minutos en llegar adonde el agua no cubría. Fueron dos minutos extremadamente largos. Ni siquiera en la playa pude correr, porque el uniforme empapado me pesaba un montón y tenía las piernas entumecidas y doloridas.

Empezaron a explotar obuses pesados en la playa, además de fuego de mortero esporádico procedente de un poco más tie-

rra adentro. Un soldado que iba justo delante de mí reventó en pedazos cuando le dio un obús de lleno. En aquel mismo momento, algo pequeño me golpeó en la barriga. Era el pulgar del tipo.

SARGENTO PRIMERO DAVID RODERICK: Vi que flotaba en el agua equipamiento, salvavidas y tablones de una lancha que había chocado con una mina. A doscientos metros de distancia oí una explosión fuerte; la Batería B de artillería acababa de chocar con una mina y su lancha de desembarco voló por los aires con una explosión tremenda. En la lancha iban cuatro piezas de artillería y sesenta hombres. Todos miramos horrorizados cómo volaban cuerpos y metal por los aires: murieron treinta y nueve de los sesenta hombres.

—

SARGENTO PRIMERO DAVID RODERICK: Avanzamos deprisa. Todo el mundo tenía la misma meta: bajar y llegar al rompeolas lo más rápido posible. Estábamos expuestos directamente al fuego enemigo. Me acuerdo de un tipo que salió con la primera oleada y que nada más bajar de la lancha apenas consiguió mantenerse a flote. Un grandullón lo agarró por el trasero de los pantalones, lo levantó en vilo y le dijo: «Eh, Tapón, más te vale poner los pies en el suelo.» Antes de que Tapón le pudiera dar las gracias, su salvador recibió un balazo que le atravesó la cabeza.

Los obuses nos llovían encima y los francotiradores se iban cargando a mis amigos. De hecho, al primer tipo que murió bajo mi mando se lo cargó un francotirador alemán de un disparo entre los ojos. Yo oía las ametralladoras playa abajo, donde había un batallón que atacaba una fortificación enemiga.

JOHN McMANUS: Hay una foto de un soldado americano al que había matado un francotirador en Utah, cuando ya casi llegaba al rompeolas. Su cuerpo estaba completamente intacto, había muerto de un tiro limpio en la cabeza. Es una de las imágenes más perdurables de Playa Utah.

WERNER KLEEMAN:¹⁶ Cuando llegamos a la playa vimos cientos de banderitas con la advertencia: «*Achtung, Minen!*» (¡Cuida-



Soldados americanos detrás de un rompeolas de Playa Utah.

do, minas!), pero las minas resultaron ser falsas. Vimos que algunos soldados ya habían muerto y estaban tirados en una zanja delante del rompeolas.

JOSEPH BALKOSKI:¹⁷ Toda la primera oleada de la 4.^a División, integrada por más de seiscientos soldados de infantería a bordo de veinte lanchas de desembarco, había bajado a tierra bastante más al sur del punto en el que tenían que desembarcar.

[El general de brigada Theodore Roosevelt Jr.] fue uno de los primeros soldados que se dieron cuenta de aquel inquietante error. Su orden —«¡Esta guerra la vamos a empezar desde aquí mismo!»— se convertiría en el momento decisivo de la invasión de Playa Utah.

EDWARD G. MILLER: Los puntos de referencia que Salinger había sido entrenado para reconocer, para orientarse una vez en tierra, no estaban. La única suerte era que las defensas alemanas eran un poco más débiles allí de lo que habrían sido si Salinger y su unidad hubieran desembarcado en un punto situado más al norte de la península de Cherburgo, pero aun así las balas eran las mismas. Las explosiones, la artillería, las arenas movedizas, la espuma, la confusión, la lluvia, el humo, las náuseas.

Salinger tuvo una introducción al combate para la que no creo que estuvieran preparados ni él ni nadie en el ejército. Para Salinger, el Día Uno en la costa debió de ser una jornada de terror en estado puro. Las prisas por llegar a la playa, por recibir el arma allí y por protegerse, los soldados que lo rodeaban. El fuego. El humo. Los gritos. Ni todo el adiestramiento del mundo lo podría haber preparado para aquello. La experiencia fue brutal, repentina y espantosa. Se le quedaría grabada a fuego en el alma.

DAVID SHIELDS: El único relato de Salinger que evoca directamente la guerra, «The Magic Foxhole», fue escrito poco después del Día D y está basado claramente en esa experiencia. Nunca se publicó. Lleno de cinismo hacia la misma idea del conflicto bélico, el relato narra la fatiga de guerra que sufren dos soldados, uno de los cuales, Garrity, cuenta la historia en forma de monólogo acelerado. En la primera escena muere un capellán que está intentando encontrar sus gafas por entre los cadáveres de una playa de Normandía. Dios no sólo es ciego sino que está muerto. Salinger se pasará toda la vida intentando encontrar una visión de recambio, un sustituto para Dios.



Avance por Playa Utah, Día D.



Soldado herido en Playa Utah.

J. D. SALINGER («The Magic Foxhole», inédito):

Llegamos veinte minutos antes de la Hora H del Día D. En la playa no había nada más que los muchachos muertos de las Compañías «A» y «B», algunos marineros muertos y un capellán que gateaba por la arena en busca de sus gafas. Era lo único que se movía allí, con ochenta y ocho obuses estallando a su alrededor y allí seguía él, a cuatro patas, buscando sus gafas. Fue derribado... Así estaba la playa cuando llegué yo.¹⁸

EBERHARD ALSEN: Muchos de los pasajes de «The Magic Foxhole» son autobiográficos y se corresponden exactamente con lo que vio Salinger. Nos hace un relato parecido el soldado Ray A. Mann, que desembarcó con el 8.º Regimiento en Playa Utah.

SOLDADO RAY A. MANN:¹⁹ Nuestro equipo salió en tromba de la lancha y cruzó la playa en grupos pequeños. [Y tal que así,] a unos cinco o seis metros playa adentro, empezaron a caer obuses. Los primeros aterrizaron en grupo justo delante de mí. Hasta aquel momento yo había tenido casi la misma impresión que en las maniobras previas de Florida, o incluso que en Slapton Sands. Pero cuando vi a nuestros hombres heridos con dolores de agonía y los

oí gritar, me di cuenta de que ahora estábamos jugando en serio. Un segundo grupo de obuses aterrizó cerca de mi grupo y al parecer alcanzó a nuestro sargento primero. Nunca lo volví a ver. También alcanzaron al furriel de la compañía... Por fin llegué al rompeolas y me quedé horrorizado al ver la cantidad de hombres que habían desembarcado y la cantidad de heridos que quedaban desperdigados por la playa. Aquí y allá se veía a un capellán rezando junto a los muertos.

ALEX KERSHAW: Solamente el combate te puede enseñar los efectos del miedo en el cuerpo y la mente de los seres humanos. Lo único que quería Salinger era seguir vivo.

JOHN McMANUS: Los veteranos del Día D a los que he entrevistado me han contado que pensaban: «Me muero de ganas de disparar a alguien», y un segundo más tarde: «No quiero disparar a nadie.»

—

SARGENTO PRIMERO DAVID RODERICK: Nuestros obuses hacían un silbido al salir. Una de las cosas que Salinger debió de aprender enseguida fue a distinguir el correo entrante [la artillería alemana] del correo saliente [la artillería americana]. Nuestra artillería hacía una especie de silbido al salir. Con el correo entrante se pondría tenso y a cubierto. Debió de aprender enseguida la diferencia entre los ruidos, sobre todo el de las baterías alemanas del calibre 88, que eran las mejores piezas de artillería de toda la guerra y disparaban como un rifle. No pasaba mucho tiempo entre que las oías y el impacto. Oías pum y ya tenías el obús encima. Era un arma fantástica para los alemanes. También tenían lo que nosotros llamábamos *Screaming Meemies*, que eran unos cohetes de mortero que subían muy alto antes de bajar. Los oías chirriar y se te helaban hasta los huesos. Los proyectiles no eran tipo obús, de manera que no giraban en el aire, y eso hacía que el ruido fuera un poco distinto, más espeluznante que el de la artillería normal. El segundo día perdí a ocho hombres por culpa de los *Screaming Meemies*.

ALEX KERSHAW: Salinger sabía que lo que lo podía matar era la metralla, el fuego de ametralladora y las piezas de artillería.

Y la mejor manera que tenía de seguir con vida era avanzar por lo bajo, preferiblemente con la cabeza bajo tierra; y si no podía ser bajo tierra, lo más cerca posible del suelo en todo momento.

JOHN CLARK:²⁰ Yo había visto montones de cosas terribles: pedazos de cadáveres tirados en la playa y tipos reventados de mala manera. Pero creo que lo que peor me sentó fue ver un tanque con una pala que subía por el camino e iba echando los cuerpos a la zanja para que no les pasara por encima el avance de los tanques y las tropas.

EDWARD G. MILLER: Una vez en la orilla, el primer objetivo que tenían Salinger y el resto de su regimiento era organizar la cabeza de playa y afianzarla. Muchos de los peores combates, sin embargo, no tuvieron lugar en la playa. La toma de la playa se acabó en cuestión de horas, pero el verdadero infierno, lo más aciago del combate de infantería en su peor versión, llegó una vez despejada la playa.

ALEX KERSHAW: Playa Utah no fue la playa más sangrienta del Día D. La 4.^a División de Infantería sufrió unas doscientas bajas en Utah, hombres a quienes Salinger había conocido y con quienes había recibido instrucción. Pero el problema de Utah y del Día D no fueron las bajas que se produjeron ese día, sino las de las jornadas inmediatamente posteriores. Debido a que Utah no había sido la playa más sangrienta del Día D, se propagó una falsa sensación de seguridad en el seno de la 4.^a División, y ciertamente entre Salinger y sus camaradas, acerca de lo que vendría a continuación.

—

CORONEL GERDEN F. JOHNSON:²¹ Tras romper las defensas de la cabeza de playa, el Tercer Ejército Americano [...] mandó seis divisiones a toda prisa hacia Bretaña con la intención de rodear a los alemanes y abrir una ruta hacia París. Y a aquellas divisiones había que hacerlas pasar por un corredor muy estrecho, situado al este de Avranches y formado cuando los alemanes anegaron una zona del tamaño de Rhode Island.